

TOMÁS SPEZIALE

Todos los muertos son de todos

Elias Canetti, o la política
más allá del presente vivo

ediciones
IMAGO
MUNDI

Tomás Speziale

Todos los muertos son de todos. Elias Canetti, o la política más allá del presente vivo. 1.^{ra} ed. Buenos Aires: 2025.

290 p.; 15.5x23cm. ISBN 978-950-793-494-0

1. Filosofía Contemporánea. I. Título.

CDD 190

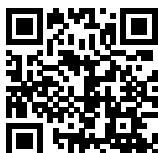
Fecha de catalogación: 10/11/2025

© 2025, Tomás Speziale

© 2025, Ediciones Imago Mundi

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 200 ejemplares



Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor. Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2025 en San Carlos Impresiones, Virrey Liniers 2203, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

Sumario

Agradecimientos	XI
Prólogo: todas las muertes, la muerte	XVII
Introducción	XXVII
I Muerte y política	1
II Tiempo y política	37
III Espacio, enemistad y política	75
IV Escritura y política	121
V La muerte como dato radical	165
Conclusiones	209
Referencias	227
Índice de autoras y autores del aparato bibliográfico	241

A Mandela Indiana Muniagurria y Ricardo
Laleff Ilieff

Agradecimientos

Este libro es en gran parte el resultado de una investigación realizada entre 2020 y 2024 en el marco del Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, financiada gracias a una beca de la Secretaría de Ciencia y Técnica de esa universidad. La posibilidad de interrogar la intercepción entre muerte y política en la obra de Elias Canetti obedece inequívocamente a mi paso pendular por dos equipos de investigación en teoría sociológica y teoría política, cuyo lugar de trabajo es el Instituto de Investigaciones Gino Germani; respectivamente, el Grupo de Estudios sobre Problemas y Conceptos de la Teoría Sociológica (GEPyC/TS), dirigido por Pablo de Marinis, y el Grupo de Estudios sobre Orden Político y Subjetivación (GEOP), dirigido por Ricardo Laleff Ilieff.

Entre la preocupación inicial por el problema de las masas y la obsesión con el misterio de la muerte y su relación con la política, las siguientes páginas deben su composición conceptual y su fuerza retórica a las horas de diálogos y lecturas compartidas con las y los miembros de esos dos equipos, a quienes quisiera agradecer especialmente. Como puede deducirse de la sensibilidad metafísica con que este libro tramita algunas preguntas fundamentales del pensamiento político, también es notoria la influencia del encuentro con algunos exponentes de la filosofía, bajo la forma de clases, congresos o simplemente diálogos: me refiero, en particular, a las sucesivas estancias de investigación realizadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, y al lazo con Pablo Veraza Tonda. En la misma línea y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, la lectura de una parte del texto por parte de Mario Martín Gómez Pedrido fue crucial para incorporar algunas discusiones filosóficas al capítulo V y las conclusiones.

Un agradecimiento especial les debo a Ricardo Laleff Ilieff y a Mandela Indiana Muniagurria, quienes no solo leyeron el manuscrito reiteradas veces, sino que contribuyeron a hacer del interrogante por la muerte y la política lo otro que una «jerga»: algo urgente y grave. Con nuestras conversaciones, me convencí de que cualquier tópico parece poder constituirse como político, siempre y cuando al modo de leer le valga el nombre de teoría política.

Algunos colegas abordaron entera o parcialmente el manuscrito en instancias de evaluación y/o de discusión colectiva (defensas de tesis de maestría y doctorado, o reuniones de grupos de investigación) y, por lo tanto, fueron de extrema importancia para mejorarlo: Franco Patuto, Gonzalo Manzullo, Agustina Arrigorri, Agustín Rodríguez, Leonardo Frieiro, Ana Grondona, Mariela Ferrari, Juan José Martínez Olguín, Gisela Catanzaro, y Eduardo Rinesi. Este último, con insondable generosidad, aceptó además escribir las fascinantes páginas que componen el prólogo.

El escrito también estuvo enormemente influenciado por mi participación en la cátedra Marturet de Principales Corrientes del Pensamiento Contemporáneo de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires, donde impartí clases desde 2019 y durante seis años. Por esa influencia, no es sorprendente que en este libro la pregunta por la muerte y la política sea también, ante todo, un dilema más de nuestra condición moderna.

La Buenos Aires pandémica fue el contexto urbano en que el libro fue escrito –además del lugar en donde fue posteriormente editado y publicado–, y esa ciudad en su estado de emergencia no deja de figurarse también para mí como el reflejo del amor, ese *Eros* que sostiene en el fondo a cualquier sujeto obsesionado con temáticas tan sinuosas –digámoslo directamente: oscuras, desgarradoras– como la de la muerte y su relación con la política. Gracias, por eso, a mis padres, Paula Boscaroli y Néstor Speziale; a mis hermanos y hermanas, Pedro, Abril, Juan Martín, Valentina, y Camila Speziale; a mi amigo, Matías Rivas; y a mi tía abuela, Norma Boscaroli, fuente inagotable de pasión por la cultura.

Por último, a Mercedes Tissera Carón, le agradezco por ver surgir una y otra vez este texto desde cero; por acompañarme, en Buenos Aires y en Ciudad de México, a seguir mi intuición

lectora sobre un autor injustamente desconocido y su abordaje de un asunto ciertamente aterrador.

«(...) no importa cuán claro y cabal sea el resto de nuestra autocomprendión, la incomprensibilidad de la muerte permanecerá replegada en su propio interior, royendo silenciosamente cada una de nuestras certezas. Todo conocimiento, ya sea sobre el mundo o sobre nosotros mismos, contiene en su interior un misterio inextinguible. No importa cuán maravillosamente hayamos podido construir nuestros esquemas de pensamiento, es un hecho que cada uno de nosotros se desvanecerá en la obscuridad final junto con su propio pensamiento» (Carse 1987).

«Era Gabriel Marcel el que distinguía entre problema y misterio. El problema está ante mí, fuera de mí, como un objeto, transparente, en la plena luz de la evidencia y la luz del día, mientras que en el misterio, estoy adentro. Ahora bien, la muerte es a la vez problema y misterio, lógica y misteriosa» (Jankélévitch 2002).

«Con la creciente conciencia de que estamos sentados sobre un montón de muertos (...) se nos hace cada vez más difícil encontrar una solución de la cual no nos avergoncemos (...). El Más Allá está en nosotros: una comprobación que pesa mucho, pero está prisionera en nosotros. Ésta es la gran e insalvable escisión del hombre moderno. Pues en nosotros está también la fosa común de las criaturas» (Canetti 2013).

Prólogo: todas las muertes, la muerte

EDUARDO RINESI

— 1 —

No es en cualquier contexto que Tomás Speziale vuelve en este libro sobre la obra de Elías Canetti, sino en uno signado por una doble catástrofe que enmarca y justifica su recuperación y su examen de los problemas canettianos de las masas, del tiempo, de la muerte y de los muertos y de los que están todavía por venir. Por un lado, una catástrofe planetaria que no es necesario tener ninguna perspectiva especialmente apocalíptica para verificar, que se materializó de manera muy ostensible y contundente, muy poco tiempo atrás, durante los dos años de la pandemia que nos cambió tan radicalmente la vida y nuestros modos de pensarla y que no deja de expresarse, en otra de sus graves manifestaciones, en la proliferación de matanzas y conflictos bélicos a la que asistimos hoy por todas partes. Por otro, una catástrofe nacional sin precedentes, que reclama toda nuestra agudeza interpretativa y nuestra imaginación teórica.

Uso adrede la expresión «catástrofe planetaria», que es la que utiliza Hannah Arendt para sostener, en el precioso homenaje que dedica a su maestro Karl Jaspers en *Hombres en tiempos de oscuridad*, que en las épocas caracterizadas por ese tipo de calamidades la idea de humanidad, la categoría, la propia palabra «humanidad», abandona las zonas confortables de la filosofía, la literatura y la utopía para convertirse en un problema fundamental, en un imperativo fundamental, de la política. Jaspers había escrito algo así en su enorme *La bomba atómica y el futuro de la humanidad*:

que la amenaza que después de Hiroshima todos los pueblos de la Tierra habían descubierto que se cernía sobre ellos los obligaba a imaginar las formas de tratar de convertir un género humano (digamos así, en términos que por supuesto no son los suyos) en-sí, «objetivo», *objeto*, en efecto, del temible peligro que los acechaba, en una humanidad para-sí, «subjetiva», sujeto de su propio destino común.

Al servicio de este designio postulaba Jaspers la necesidad de forjar una *gran conversación* entre todos esos pueblos de la Tierra, una conversación que no podría serlo sino en muchas lenguas y entre muchas tradiciones culturales diferentes, pero que el gran pensador alemán señalaba que era la única posibilidad para salvar al mundo del desastre. Es cierto que el talante de su pensamiento no era ni especialmente democrático ni precisamente mayoritaria ni tampoco dispuesto en lo más mínimo a imaginar como posibles participantes de esa «*gran conversación*» a los pueblos que en esos años habían abrazado la alternativa del socialismo, y que esa circunstancia limitaba mucho el alcance y las posibilidades de su propuesta, pero no lo es menos que la misma constituye una forma particularmente elaborada del mejor humanismo ilustrado del siglo pasado, y que revela entonces –que es lo que decía Arendt y lo que nosotros queríamos destacar– el fuerte lazo entre la percepción de una catástrofe o una amenaza planetaria y una preocupación y una militancia en favor de la *humanidad*.

Que es una palabra que veríamos aparecer algunos años después, en esta otra parte del mundo que es América Latina, en la obra monumental de un pensador que también prestaba atención a los efectos de lo que él llamaba «revolución tecnonuclear» en la vida de las sociedades: el gran Darcy Ribeiro. Ciento que la obra de Ribeiro tenía una perspectiva, sobre esa revolución como sobre todos los cambios tecnológicos que la humanidad había conocido, menos alarmada y más optimista, pero en compensación el antropólogo brasileño ponía un acento que estaba ausente en Jaspers sobre una específica forma de «menoscabo de lo humano», de retaceo o *regateo de humanidad* (como decía Leopoldo Zea), que caracterizaba a las sociedades contemporáneas, que era la que resultaba de la vigencia de relaciones imperiales o coloniales o de dependencia entre las distintas naciones del planeta. Si el de

Jaspers era pues el humanismo cosmopolita del mejor liberalismo europeo, el de Ribeiro era un humanismo militante y entusiasta volcado sobre el molde del gran antperialismo latinoamericano.

La expresión «menoscabo de lo humano», que acabo de utilizar, es de Horacio González y la encontramos en su último libro, su monumental *Humanismo, impugnación y resistencia*, que quiero indicar no solo por la gran importancia de su presencia en el argumento que despliega aquí Speziale, sino para sugerir que en esta nueva circunstancia de catástrofe mundial que es la presente, en medio de la epidemia de Covid que terminaría por cobrarse su propia vida, González ensaya en ese libro su propia, sofistica da y profunda versión de un humanismo crítico que recoge por un lado las más exigentes formulaciones de la preocupación por los desarrollos tecnológicos (e informacionales y financieros y farmacológicos) de las sociedades que encontramos en el mejor pensamiento europeo del siglo XX en general y en el de Marcuse en particular y por otro lado la gran tradición anticolonial (que es la de Frantz Fanon, la de Ribeiro, la de su amiga Alcira Argumedo) de crítica de la dominación de unos pueblos de la Tierra sobre otros.

Así, en suma, en estos pensadores que hemos mencionado y sin duda también en muchos otros, la serie de peligros que nos amenazan nos sitúa frente al desafío de pensar en esa *humanidad* que componemos todos los hombres y las mujeres y los pueblos de la Tierra y que ocupó a Canetti en los textos que Speziale analiza aquí con cuidado y fina sensibilidad. Y que tan pronto como tratamos de circunscribirla se nos abre hacia atrás y hacia adelante para abarcar al conjunto de las generaciones que han vivido y nos han legado sus sueños, sus proyectos y sus luchas y al conjunto de los hombres y de las mujeres que todavía no han nacido, a nuestros descendientes o mejor, y más en general, a la humanidad futura en su conjunto, que solo podemos presentir pero que ya ejerce su imperio sobre nuestras vidas bajo la forma de un mandato de justicia.

Y una catástrofe nacional, decíamos. Cuya importancia no puede exagerarse, porque se trata de la catástrofe de la tendencia a

la desaparición (otro *retaceo*, entonces: otra forma de la deshumanización) de un ámbito, un discurso, un tipo de práctica y de racionalidad para los que solíamos reservar el nombre de *política*, hoy impugnada por una retórica que le antepone la pura representación del mundo como la suma aritmética de un conjunto de átomos individualistas, posesivos y sin otra relación con los demás que la de la competencia y el recelo mutuo. Como ha escrito Cecilia Abdo Ferez, el experimento que vive la Argentina confunde a la sociedad con el estado de naturaleza de los contractualistas del siglo XVII, pero se sustraer de la lógica que, con muy buenos motivos, llevaba a los habitantes de ese «estado» a querer huir de él como de la peste. Para el libertarianismo, vivir es vivir *en* la intemperie de esa peste.

Por eso se trata, para Speziale, de volver a preguntarse por la política y de precisar de qué hablamos cuando usamos esta palabra, de qué hablábamos cuando usábamos (cuando usaba Canetti, por ejemplo) esa palabra, hoy impugnada, hoy maldita. Y pues bien, dice Speziale: de dos cosas. En primer lugar, de una pregunta por o de una tendencia hacia la *universalidad*. La política se piensa y se hace, si podemos decirlo así, *para todos*. Supone a ese «todos» como su horizonte de inteligibilidad y de sentido. Apunta a lo universal. Como la masa, cuya pulsión más profunda, como decía Canetti, es la de atraer a más y más hombres. En el límite: a *todos* los hombres. El problema con ese «todos» es que es imposible, o que, para decirlo mejor, es imposible en el puro presente en que lo enunciamos (y a esto lo llama Speziale «aporía», o aun «tragedia»), porque una cantidad de los hombres que componen esa totalidad ya han muerto, ya han pasado a integrar la enorme *masa* de los muertos, y porque otra cantidad, infinita, todavía no ha nacido.

¿Y entonces? Entonces, que ni la política ni las masas pueden pensarse en ese puro presente, porque la pulsión hacia lo universal que las anima obliga a ese presente a abrirse hacia el pasado y el futuro, para incluir dentro de sí a *todos* los hombres que han sido o que serán, que son por cierto muchos más (y además *cada vez* más) que los que viven. El tiempo, entonces, está –dice shakespeareanamente Speziale– «fuera de quicio», *out of joint*, dislocado, abierto hacia atrás y hacia adelante, y es por eso que, como supo ese gran lector de Shakespeare que fue Marx, ni el peso

de las generaciones muertas puede dejar de oprimir el cerebro de los vivos ni los fantasmas de los que todavía no llegaron pueden evitar asediar el presente en el que, como una esperanza para unos, una amenaza para otros, una *responsabilidad* para todos, para el conjunto de los vivos, se nos anuncian. Destaco con toda intención la palabra «*responsabilidad*», que es el tipo de lazo que nos une con la humanidad futura, para poner el argumento de Canetti en diálogo con la interesante obra de Hans Jonas, cuyo tema no es otro que este mismo.

Hay política, entonces, porque el tiempo está fuera de quicio, porque el presente está dislocado y abierto al pasado y al futuro. Como ese desorden del tiempo es particularmente perturbador y dificulta la vida de los hombres en común, el *poder* tiene la tarea de ordenar el tiempo para hacer posible esa vida. El poder es siempre una máquina de ordenar el tiempo. Pero el poder (que pertenece, dice Speziale, al plano de lo óntico) no coincide nunca con la política, que pertenece al plano de lo ontológico y debe acoger dentro de sí, en ese plano, en las grietas del presente fracturado para hacerles un lugar, la existencia del conjunto de nuestros antepasados y del conjunto de nuestros descendientes, y más: de todos los que todavía no nacieron. La política no puede limitarse a la preocupación por los contemporáneos, porque esa es una preocupación parcial y *privada*. No pública: incapaz de ir más allá del pequeño número de los que somos ahora y de pensar lo común, como quería Arendt, bajo la forma de la fe en la trascendencia de un mundo que exceda hacia atrás y hacia adelante nuestra breve existencia personal.

Pero si en primer lugar hay política, entonces, porque hay una aspiración a lo universal (y eso quiere decir, en la medida en que ese universal no se deja atrapar en este breve tiempo que es el nuestro, porque *hay un exceso del tiempo respecto del presente*), en segundo lugar hay política, dice Speziale (y el asunto es fundamental), *porque hay conflicto*. Porque hay una dimensión de lucha, de antagonismo, de litigio, incluso de *enemistad*, que es constitutiva del *todo* al que la política no puede dejar de referirse, y porque por lo tanto ese «*todo*», esos «*todos*» que integran ese «*todo*», no son lo mismo ni están necesariamente del mismo lado de la historia. Ya lo sabemos, claro, cuando se trata del presente y de los distintos intereses y anhelos y proyectos en pugna en el presente. *Pero lo que le interesa*

a Speziale subrayar es que ese «todo» tampoco es homogéneo, que esos «todos» tampoco están del mismo lado de la historia, cuando se trata de los muertos, de todos los que ya han muerto, de todos los que no están ya entre nosotros.

Pero a los que no por ello podemos suponer ni esperar integrando ningún panteón común que funcione como territorio compartido, como plataforma indiferenciada de la vida presente de los que en el presente estamos vivos, porque su ubicación en la historia, en el pasado en el que vivieron, en el presente desde el que nos hacemos herederos de –y responsables por– ese pasado, es de oposición y lucha. No, dice Speziale discutiendo la frase del almirante Massera en el Juicio en el que fue condenado por sus crímenes atroces: todos los muertos *no son* de todos, horrible pretensión que encuentra su perfecto complemento en la banal y cómplice idea, que hasta tenemos que oír postular como presuntamente filosófica, de que vivir es ir sacándonos muertos de encima a los codazos, olvidándolos y descartándolos, porque al fin y al cabo los vivos somos nosotros y no podemos andar perdiendo tiempo en esas tonterías.

— 3 —

Por el contrario, la política reclama, en la lectura de Canetti que nos propone Tomás Speziale, un trabajo en el tiempo y con el tiempo. Todo lo contrario de la pretensión de que Canetti es un autor obsesionado con el pasado o el origen. Primero, porque en Canetti la relación con el pasado es cualquier cosa menos simple, porque quienes habitaron el pasado no lo hicieron bajo la forma de una armonía que deberíamos recuperar, sino bajo la de unas luchas cuyos ecos llegan hasta nosotros, nos involucran y no nos hacen posible imaginarnos ni parados sobre un montón de muertos indiferenciados ni tomando ninguna distancia protectora de todo ese tumulto. Después, porque el tiempo de Canetti no es solo ese tiempo *pasado* que es el de los que ya no están, sino también el tiempo que se abre, *misterioso*, hacia el futuro de unos nietos que no serán (solo) los nuestros: de una humanidad por venir desconocida e infinita.

Pero que al mismo tiempo no nos podemos representar *sino en relación con un territorio*, con el territorio donde desarrollamos nuestras vidas, donde vivieron y lucharon nuestros mayores y donde vemos crecer a nuestros hijos. Es muy interesante el tratamiento que da Speziale al modo en el que Canetti piensa la cuestión de los cementerios, el «sentimiento de cementerio», la *experiencia* que tenemos en los cementerios, que si por un lado nos hacen experimentar la sensación abismal del pasado de toda la humanidad sobre el que estamos parados, por el otro solo puede producir en nosotros ese sentimiento en la densidad –son palabras de Speziale– «de un territorio *determinado*.» La humanidad en general se nos aparece, en los cementerios, a partir de la experiencia de una absoluta particularidad. No estamos lejos de lo que nos enseña González (1971) en «Humanismo y estrategia en Juan Perón»: «humanidad» viene de *humus*, y es solo en el conjunto de nuestras relaciones con los otros en el territorio en que vivimos que la palabra adquiere algún significado.

Que es como decir que no hay humanidad sin cultura o sino en el seno de una cultura, que es una palabra que, como nos ha mostrado el gran Alfredo Bossi, deriva del verbo latino *colo*, que alude a la acción de abrir la tierra (para alojar en ella a nuestros muertos o para sembrarla para dar de comer a nuestros hijos), y que por lo tanto mira siempre al pasado bajo la forma del *culto* a esos muertos que hemos enterrado, y al futuro bajo la de su *cultivo* para alimentar a los que siguen. Aunque la palabra con la que González elige nombrar esa particularidad no es «cultura», sino «nación», que es también la que le interesa aquí recuperar, en su lectura de Canetti, a Speziale. La nación como la matriz en la que se nos hace accesible lo universal. Y si esta idea le interesa a Speziale es porque su interpretación de Canetti busca recuperar («salvar», dice) a su pensamiento de una lectura universalista abstracta, cosmopolita ingenua, desterritorializada y desterritorializante, *apátrida*, demasiado dispuesta a atribuir a Canetti su propio entusiasmo por las figuras más bien estetizantes del «éxodo» y del «nomadismo».

Un Canetti «situado», pues, si podemos hablar de esa manera, es el que busca presentar aquí la potente lectura de Speziale. Situado y «conflictivista». Que piensa la cultura o la nación como el ámbito en el que se despliegan las luchas y puede pensarse la política,

pero al mismo tiempo que piensa que son esas *luchas*, y no un origen mítico ni una solidaridad automática entre los miembros de ese cuerpo nacional, lo que constituye su corazón profundo y lo que tenemos que pensar. Todos los muertos *no son* de todos, porque si lo fueran desaparecerían, bajo una unanimidad asfixiante, esas luchas y las partes enfrentadas en esas luchas. Pero también –observa Speziale terminando su recorrido, y la observación es muy interesante– porque si lo fueran desaparecería también *el individuo*, el sujeto individual (*¿no hay en eso un eco de la protesta de Platón, en el Menexeno, contra la costumbre del entierro de los huesos de todos los guerreros en común?*), que no deja de ser una preocupación muy fuerte, subraya Speziale, de Canetti. Al fin y al cabo, dice Speziale, tal vez Canetti haya sido más liberal que lo que parece.

O por lo menos: tal vez sea imposible de eliminar de la consideración canettiana del tema de la muerte, que es «el hilo rojo que recorre secretamente», escribe Speziale, toda su obra, *junto* con su dimensión comunitaria, cultural, universal, *política*, su irreducible dimensión individual. La muerte que lo obsesiona a Canetti es la de todos, pero es también, y al mismo tiempo, el «dato radical», el *misterio* (otra vez el misterio) de la de cada uno, igual que la *inmortalidad* que le preocupa a Canetti es la de una humanidad que se va tejiendo en la sucesión de sus generaciones, pero también la que puede o debe procurarse cada uno, la del escritor que busca salvarse –por así decirlo– «por su obra», la de él mismo. El libro de Speziale empieza y termina (porque la obra de Canetti, dice Speziale, empieza y termina) con una reflexión sobre el individuo, sobre el misterio de su muerte como la experiencia radical y absoluta de la pérdida de sí y del mundo y sobre la *impolítica* «solución» canettiana a ese límite absoluto de la muerte por la literatura.

¿Y entonces? Entonces, que de lo que parece tratarse es precisamente de este indecidible tironeo: entre, por un lado, la politicidad de un pensamiento que piensa el problema de las masas, su tendencia expansiva, su vocación por –y al mismo tiempo su imposibilidad de– universalizarse, y la consiguiente necesidad de «hacer política» en el presente en relación con el pasado y el futuro, y, por el otro lado, la pregunta por los modos de lidiar con el dato radical de la muerte individual como límite infranqueable para la vida

singular de cada uno de los átomos de esa masa interminable. El problema de Canetti es el de la relación entre muerte y política. La muerte es para él un problema político y para la política. Pero más allá o más acá, o como atrincherado en algún lugar recóndito de esas reflexiones, escribe Speziale, perdura siempre, como un exceso del pensamiento, un núcleo rebelde de impoliticidad.